

**EN ESTA CASA ESTA NOCHE**

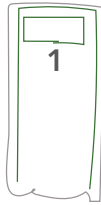


EN ESTA CASA ESTA NOCHE

Micheál Ó Conghaile







Esta será mi última noche en esta casa.

Donde vivió mi familia por generaciones, donde crecí, crecimos todos, mis hermanos y mis hermanas, antes de que cada uno se fuera, poco a poco. Menos yo. El único que se quedó, aún aquí, mi esposa y yo hemos vivido diez años en esta casa, cinco de estos con nuestro hijo Shane...

Mañana por la mañana dejaré todo atrás... la casa, mi esposa, mi hijo.

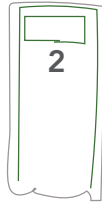
Le serviré el desayuno como de costumbre, prepararé su morral, poniendo especial atención a su lonchera, que lleve un almuerzo rico y nutritivo al mismo tiempo.

Le pondré la chaqueta para el crudo frío de otoño. Iremos de la mano a la escuela, a no ser que diga que ya está muy grande para darle la mano a su papá. Y luego, quizá, lo haré planear por el muro de la escuela como si fuera Batman o Superman — últimamente esta ha sido su forma preferida de entrar, más que pasar la puerta de mi mano. Lo veré correr rápido y con agilidad hacia los otros niños. Apenas logramos despedirnos: contento y ansioso de tener unos minutos de libertad antes que la campana anuncie enérgicamente que faltan cinco para las nueve.

Daré la vuelta como si nada y no miraré hacia atrás. Si puedo evitaré hablar con los otros padres. Ya me imagino la escena y

no quiero ni pensar dónde tendré la cabeza en ese momento. Con cuidado, quedo, pasaré la calle. Subiré los dos escalones de la entrada, la puerta no estará cerrada. Entraré. Empacaré algunas cosas, no mucho —una o dos bolsas, ropa y zapatos básicamente, lo que me pertenece. Dejaré todo lo que sea de los dos, les servirá. Sé que puedo empacar todo lo necesario en una hora, tampoco es que sea mucho. Bastará con meter todo en las maletas que están desde hace tiempo arriba del armario, esperando bajar de allí en algún momento. Tendré que ser más cuidadoso con mis documentos, aunque es verdad que me he ocupado de casi todos; están en una carpeta en el archivador, en el cajón de abajo, donde están las escrituras de la casa.

Dejaré una nota. La escribiré rápido, en ese momento, la dejaré en la mesa, en un sobre. Las palabras que son de esperar, ella entenderá. Y al cerrar la puerta, sacaré las llaves de mi llavero y las echaré al buzón, sabrá que no estoy interesado en volver. No podré volver a entrar, nunca más tendré llave de esta casa.



¡Gol! ¡Gol! ¡Goooo-o-o-ol!

Shane llega corriendo del cuarto de juego muy emocionado, alargando las palabras como los comentaristas españoles. Sus manos al cielo, hace la ola como si realmente hubiera marcado un gol para su club o para su país. Era el verano del Mundial y tenía fiebre de fútbol.

—¡Tranquilo, tranquilo! —le digo cuando cae en mis brazos en un abrazote de oso. ¡Yo creía que jugabas de portero, no de delantero! —podía sentir el choque de su cuerpo contra mi pecho, su corazón batiendo a un ritmo constante contra mí. Y la calidez de su cuerpo, tenía una pantaloneta y la camiseta del Galway, que le quedaba un poco grande.

—¡Pero un portero también puede marcar! —exclamó.

—De vez en cuando —dije.

—Y el portero es el jugador más importante en la cancha porque si tapa todos los tiros su equipo no pierde, y además pueden ganar por penaltis —dice, cogiéndome la mano después de haberse bajado de mi abrazo, me lleva tras él.

—Si tú lo dices —le digo, recordando que cuando yo era niño todos odiábamos quedarnos sembrados en el arco. Siempre fui el último en ser escogido, no era muy hábil y no tenía mucho

interés por el fútbol, y para colmo lo único que podía hacer por el equipo que se viera obligado a escogerme era quedarme en la portería, pasmado, solo por completar el equipo.

Me suelta la mano y corre al cuarto de juego.

—¡Mírame, mírame! —grita, hundiéndose en el gran puf rojo que se desliza con su peso. ¡Ahora puedo pararme de cabeza! —y sí que puede, pero solo por uno o dos segundos, hasta que alcanzo sus piernas y le ayudo un poco.

—¡Puedo hacerlo yo solo, ya soy grande! —protesta.

—Sé que puedes —digo. Es solo por si te caes, para que no te lastimes la espalda.

—¡Eso no va a pasar! —dice. Pero tenme los pies para que pueda caminar en las manos —lo tengo y él camina alrededor del puf, hasta que sus manitos se cansan con su propio peso. Beso sus talones, lo voy soltando cuidadosamente.

—Me gustaría durar mucho parado en las manos, como en el circo.

—Serás capaz —le digo—, cuando seas un poco más grande y tengas más práctica.

—Entonces me tienes que ayudar a practicar todos los días, papá, hasta que pueda hacerlo solo.

—Tengo que volver a la sala —digo, con más brusquedad de lo que quisiera.

—¿Por qué?

—Tengo cosas que hacer.



—¿Que tipo de cosas? Lo único que estabas haciendo era estar ahí sentado en el sofá viendo el televisor, y el televisor ni siquiera estaba prendido —se ríe.

—Sí, sí, pero tengo cosas que hacer antes de que mami llegue a casa, y de todos modos, dentro de poco irás a la cama. Escuela mañana —sé que para calmarlo basta con una mención de palabras como escuela u hora de acostarse, de cualquier modo pronto se quedará sin energía y luego será muy fácil acostarlo. Ya está arrastrando la caja de Lego y vaciándola en un arrume en el suelo.

Salgo de espaldas de la habitación, casi tropezando con un osito de peluche café que está bocabajo en el suelo.

